

LORENZO RAMÍREZ DE PRADO EN LA REAL BIBLIOTECA

Oscar LILAO (Biblioteca General Universitaria de Salamanca)

No tuvieron demasiada suerte quienes dedicaron sus afanes, tiempo y dinero a formar ricas y selectas bibliotecas, puesto que tales recursos parecieron a sus herederos dignos de mejor destino. Así ocurrió con una de las más ricas bibliotecas del siglo XVII español, la de Lorenzo Ramírez de Prado. A su muerte, en 1658, la viuda no tardó mucho en expresar sus deseos de deshacerse de tan preciado bien. El destino se vengó: su marido había coleccionado «demasiados» libros y por fuerza había de haber entre ellos no pocos sospechosos, de modo que antes de ponerse a la venta debía sufrir la inspección de los visitadores del Santo Oficio. Así las cosas, doña Lorenza de Cárdenas no pudo desalojar a tan molesta inquilina hasta 1662, año en el que se data el impreso que contiene el inventario de los libros (Entrambasaguas 1943a; Rodríguez-Moñino).

Nada aparece en el testamento de Prado sobre el destino de los libros. Entrambasaguas, biógrafo de la familia Ramírez de Prado y editor del inventario de la biblioteca de don Lorenzo, postula una probable compra por parte del salmantino Colegio mayor de Cuenca, sin que aporte pruebas contundentes. Los hechos, sin embargo, parecen darle en parte la razón. Entre los libros que portan el exlibris de esta institución —tanto manuscritos como impresos— han ido apareciendo algunos con evidentes trazas de haber sido adquiridos, leídos y anotados por don Lorenzo.

Avisos

Ahora bien, ya sea porque no todos los libros fueron a parar al citado colegio, ya por el inevitable destino de dispersión y rapiña que suelen sufrir las bibliotecas, podemos encontrar ejemplares que formaban parte de ésta en otros lugares. Una explicación de esta existencia dispersa de ejemplares del colegio podría ser la selección de libros impresos duplicados, que se hizo en la Universidad de Salamanca con destino al Seminario de Nobles de Madrid a principios del siglo XIX: en el inventario conservado (AHN, Univ. Leg. 688), además de libros de los que no consta la procedencia (unos 4402), se recogen 2495 volúmenes del Colegio de Cuenca, una cantidad muy superior a la del resto de los colegios. No quiere esto decir que fuera la más rica, sino que en los libros de este colegio suele ser sistemática la presencia del exlibris manuscrito institucional y, por tanto, la información sobre la procedencia de los mismos está más clara.

Precisamente el exlibris del colegio nos ha traído hasta la Real Biblioteca donde, hasta la fecha, han aparecido diez volúmenes con esa procedencia. Tras haber ojeado en la Universitaria de Salamanca bastantes libros del colegio, que además han resultado ser de Ramírez de Prado, había que comprobar si los de la biblioteca madrileña tenían el mismo origen. Presentaremos a continuación los resultados del examen.

Dos de ellos quedan descartados por estar datados en fecha posterior a la muerte del bibliófilo (signatura X/771 y III/6469). En otros tres hemos hallado algún signo de lectura. Dos de ellos solamente contienen una nota de lectura, en concreto una típica anotación de remisión a otra obra donde presumiblemente se puede ampliar la información del texto al que se refiere la nota. Los libros anotados son: C. Manasses, *Annales graecae ac latinae* (Leiden 1616; cfr. pág. 364; sign. VI/3581) y C. Dausqueius, *Terra et aqua seu Terrae flotantes* (Tournai 1633; cfr. pág. 160; sign. IX/6895). El tercero, F. Junius, *De pictura veterum libri tres* (Amsterdam 1637; sign. XIV/110) está profusamente anotado (por ejemplo, en págs. 89, 98, 126, etc.) y tiene también otras marcas de lectura, como subrayados y serpentinas (por ejemplo, en págs. 24, 92ss, 187, etc.). Muchas de las notas contienen citas

de Marcial o se añaden referencias a este poeta, además de las indicadas en el texto. El autor latino fue una de las grandes aficiones de Ramírez, como muestra una de sus primeras publicaciones, *M. Valerij Martialis Epigrammatum libri XV Laurentij Ramirez de Prado Hispani, nouis commentarijs illustrati* (París 1607), que además fue motivo de polémica con otros eruditos (Entrambasaguas 1943b: 42-43; Solís de los Santos: 673-675).

Un cuarto libro con el exlibris del colegio es J. van Meurs, *Regnum Atticum sive De regibus Atheniensium eorumque rebus gestis libri III* (Ámsterdam 1633; sign. IV/2308). No tiene ninguna anotación, pero esto no es prueba suficiente para negarle la pertenencia a Ramírez, cuya mano no aparece en muchos libros que presumiblemente fueron suyos. Sin embargo, por fecha y contenido, podría haber estado en sus anaqueles. Sólo en una página del inventario se citan diez ediciones en cuarto con obras de este autor (Entrambasaguas 1943a: II, 207).

Hemos citado anteriormente una de las posibles causas de la dispersión de la colección de impresos del Colegio de Cuenca. En lo que respecta a los manuscritos, la historia es más conocida: entre principios del siglo XIX y 1954 los manuscritos de los colegios mayores salmantinos estuvieron en la Real Biblioteca. Aunque la mayoría retornaron a Salamanca, algunos quedaron en Madrid. El volumen que ahora vamos presentar fue objeto de una práctica habitual en las bibliotecas: la separación de las piezas que en origen componían un facticio, bien por la aplicación de algún criterio temático que se nos escapa, bien para separar piezas manuscritas de otras impresas. Creo que, en efecto, es el caso de la signatura III/6502, en la que se reúnen actualmente cinco pequeñas piezas impresas, si bien contenía más, como parecen demostrar los números que llevan algunas de ellas. Pero el dato que resulta más claro en este sentido es el número que aparece en la portada de la primera obra («n. 64»). Estos dígitos corresponden sin duda a la numeración que don Antonio Távira, obispo de Salamanca, dio a los manuscritos de los colegios salmantinos cuando confeccionó el listado que debía servir para su remisión a la biblioteca particular de Carlos IV. Entre los del Colegio de Cuenca se encuentra la siguiente descripción: «64. Relación del modo con que se gobiernan los padres de la Comp<sup>a</sup> por el Dr. Benito Arias Montano. It. Varios papeles impresos 1 [vol.]. 4<sup>o</sup>» (cfr. BNM, Manuscrito 20619, fol. 80r-v). Quizá la copia de la carta de Arias Montano que se conserva en la Real Biblioteca II/4038(5) es a la que se refiere Távira.

En cuanto a la posible pertenencia a la biblioteca de nuestro bibliófilo, no he encontrado notas de lectura que nos lleven con seguridad a él. En dos de las piezas hay una anotación que no me atrevo a asegurar que sea suya. Sin embargo, la presencia de la firma de Gabriel de Henao podría conducirnos al erudito madrileño, pues ambos mantuvieron relación de amistad y aquél es autor de unos poemas dedicados a éste, donde aparece mencionado el «alcázar de las Musas, / del ilustre Laurencio librería».

Cronológicamente y por contenido, el también facticio II/3286 encaja perfectamente en los materiales que, por su cargo en el Consejo de Indias, pudo haber reunido don Lorenzo: todas las piezas, impresas, tienen que ver con la América española. Sin embargo, no podemos ir más allá, pues ningún dato nos da la seguridad de que esos papeles pasaran por las manos del consejero.

Más difícil resulta suponer la pertenencia del siguiente impreso menor a la biblioteca de Ramírez. El contenido del folleto Caj/Foll4/42(1), unas constituciones del Colegio de la Santa Veracruz de Aranda (Madrid 1623<sup>?</sup>), no presenta signos de lectura y bien podría ser un tipo de texto interesante para otra institución similar como el Colegio de Cuenca. Tampoco en las otras piezas que compartieron anteriormente encuadernación con él —el manuscrito 2127 de la Universidad de Salamanca, con unas Cortes de Carrión de 1317; y el manuscrito ii/4038(2) de la Real Biblioteca, con un tratado médico (cfr. inventario de Távira, BNM, Manuscrito 20619, fol. 142r, n<sup>o</sup> 361)— hay signos de haber sido pertenencias de don Lorenzo.

Hemos dejado para el final otro volumen facticio que comparte con alguno de los anteriores el origen en el fondo manuscrito del colegio y el mismo destino de separación de sus piezas: el conservado en la signatura III/6490. El mencionado inventario de Távira, en su número 249 —que es el que aparece en la hoja de guarda del volumen— reza: «Varias cartas impresas y m.ss. de D. Lorenzo Ramírez de Prado y de otros 1 [vol.]. 4<sup>o</sup>» (cfr. BNM, Manuscrito 20619, fol. 114r). En la actualidad, se conservan unidas varias piezas breves, todas impresas, cuyo denominador común es Ramírez de Prado, que figura en todas ellas bien como autor, como firmante de algún paratexto o como dedicatario. Ciertamente, todas podrían considerarse como pertenecientes al género epistolar, porque a veces todo el contenido del impreso se resuelve en esa forma de expresión. Desde un punto de vista diferente, existe otro elemento en común, como es el hecho de compartir cierto carácter de rareza, pues no son abundantes en nuestras bibliotecas —probablemente tampoco algunos de ellos lo fueran en la época—: entre ellos encontramos piezas circunstanciales como el epitafio a Felipe III, redactado por Ramírez.

Este volumen posee la particularidad de tener un *quasi* gemelo en la biblioteca universitaria de Salamanca, donde, bajo la signatura 43248, encontramos una colección prácticamente idéntica a la de la Real Biblioteca. Ambos parecen haber sido ejemplares de trabajo de su poseedor. El ejemplar de Palacio muestra abundantes anotaciones en muchas de sus piezas, excepto en una, que es precisamente la única que aparece anotada en el salmantino: *Schediasma epistolare de liberalibus studiis* (Amberes, 1649), obra del propio Ramírez a la que ha ido añadiendo lo que parecen nuevas referencias y citas de apoyo al texto.

El lector curioso podrá comprobar las referencias completas de los libros que hemos mencionado buscando en IBIS (Base de

datos del patrimonio bibliográfico de Patrimonio Nacional), en la opción «Posesor». Así mismo, podrá encontrar detalles de las marcas de posesión de Ramírez de Prado, del Colegio de Cuenca y también de Gabriel Henao en la base de datos «Ex libris». El sitio web de la Real Biblioteca, [www.realbiblioteca.es](http://www.realbiblioteca.es), da acceso a ambos recursos.

#### REFERENCIAS

Entrambasaguas, Joaquín de, *La biblioteca de Ramírez de Prado*, Madrid, CSIC, 1943a.

—, *Una familia de ingenios: los Ramírez de Prado*, Madrid, CSIC, 1943b.

Rodríguez Moñino, Antonio, *Historia de los catálogos de librería españoles (1661-1840): estudio bibliográfico*, Madrid, 1966.

Solís de los Santos, José, «El humanista extremeño Lorenzo Ramírez de Prado, entre Céspedes y el Brocense», en Eustaquio Sánchez Salor et al. (eds.), *La recepción de las artes clásicas en el siglo XVI*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 1996, págs. 669-678.

EDOARDO BARBIERI, *Haebler contro Haebler*.  
*Appunti per una storia dell'incunabolistica novecentesca*  
Milano, Università Cattolica del Sacro Cuore, 2008



Un discreto capítulo de historia de la bibliografía que pudiera integrarse en la obra de Luigi Balsamo, *La Bibliografía. Storia di una tradizione* (Firenze, Sansoni, 2000, 4 ed.), es la definición que a Edoardo Barbieri le sugiere su propio libro. Por suerte, *Haebler contro Haebler* es algo más que una decorosa deuda con una gran obra. Como mínimo, se trata de un trabajo que puede leerse independientemente y, además, con gusto.

No es pequeña virtud ofrecer en pocas páginas un panorama claro del nacimiento de la incunabulística moderna, de suerte que seamos capaces de comprender las aportaciones individuales de cada nombre sagrado —Bradshaw, Proctor, Pollard, Pellechet, Polain, Hain, Haebler— y hacernos de paso una idea de las actitudes nacionales respecto al tratamiento científico de sus respectivos patrimonios bibliográficos. Desde el orden y la organización institucional que alientan el trabajo de los incunabulistas ingleses y alemanes, al voluntariado, incluso económico, de Francia, los meritorios intentos locales de Italia, y el orgullo nacional de Bélgica a la hora de describir su legado librario al margen del proyecto global alemán, el *Gesamtkatalog der Wiegendrucke (GW)* coordinado por Haebler. Las omisiones también son significativas en el repaso, que en esas mismas fechas incipientes de la incunabulística, deja a países como España muy lejos no ya de trabajos meramente descriptivos sino de las implicaciones más valiosas de una catalogación consciente de su valor para la historia del libro, como son la bibliografía analítica y la bibliografía textual, dos disciplinas alentadas desde los albores del siglo XX en Inglaterra y Alemania. González de Amezúa [1945: ix-x] expone así «esta indiferencia, netamente española» por su patrimonio bibliográfico: «mientras [...] en Europa se iniciaban ya los trabajos y estudios sobre la introducción de la Imprenta, con los cuales el incunabulista adquiría consecuentemente su personalidad noble y vigorosa, creándose la especialidad bibliográfica que durante el siglo XIX había de cobrar tanto valor y pujanza, nada se decía en España por nuestros eruditos, sin otras y honrosas excepciones que la de D. Rafael Floranes, quien en su vastísimo saber abordó ya el estudio de los orígenes de la Imprenta en España, aun cuando con su habitual indolencia tipográfica no se decidiese a imprimirlos, y D. Fernando José de Velasco [...] venturoso poseedor de una magnífica biblioteca donde abundaban también los incunabulistas». Añadamos a los dos nombres citados otra excepción —y esta sí es bien temprana— el nombre del padre Francisco Méndez, cuya *Typographia española* (1796), en palabras de Vindel [1945: xvii] «puso la piedra angular del edificio bibliográfico del siglo XV».

*Haebler contro Haebler*, viene a poner cara a las siglas y a los títulos (Copinger, Duff, Goff, el ya citado *GW*, Hain, Proctor). De su lectura, erigida sobre el repaso de algunas de las mejores experiencias humanas en el trato erudito con los primeros libros de la imprenta, puede extraerse una enseñanza que sigue ofreciendo lecciones imprescindibles. El magisterio de Proctor o de Haebler, aun con las simplificaciones denunciadas por sus sucesores, sigue siendo emblemático por lo que su trabajo tiene de ambición y de voluntad exhaustiva. Robert Proctor (1868-1903), en su afán por identificar las imprentas de donde procedían los ejemplares *sine nomine* a partir de la mancha que los tipos dejaban en el papel, fue ampliando la naturaleza de sus fuentes hasta incluir el examen comparativo de los materiales tipográficos empleados en orlas y xilografías. Su método histórico se hizo también consciente de la conveniencia de obtener conclusiones no solo a partir de pruebas materiales sino recurriendo a la documentación archivística. Ese recurso, entre otras cosas, serviría para invalidar algunas de sus propias conclusiones que habían pasado por alto el hábito de intercambiar tipos y tacos entre las imprentas, sobre todo en aquellas ciudades donde el arte de imprimir había prosperado más, como en Venecia. Proctor contra Proctor, valdría decir. Pero tal vez ese revés incluyó un beneficio ejemplar: el de permitir que Konrad Haebler (1857-1946) ejerciese sobre los libros una mirada sin precedentes que le llevó a considerar conjuntamente los materiales y los instrumentos tecnológicos, los modos y las características de la producción para llegar a una teoría sociológica sobre

el comercio y la lectura. Historia del libro e historia literaria quedan así indefectiblemente unidas a partir de una práctica en apariencia solo descriptiva. Las mejores bibliografías se convierten entonces en esa carta ideal de presentación del libro que da fe, en palabras de Luigi Balsamo, «de la historia de su completo ciclo vital en todas las fases y en todos los aspectos de una peripecia en la que la habilidad técnica y creativa del hombre se cruza con los intereses culturales y económicos, políticos y religiosos del momento» (pág. 5).

Para el caso español, el nombre de Haebler tiene una importancia específica porque su *Bibliografía ibérica* (1904-1917) vino a convertirse en el instrumento de referencia imprescindible de todos cuantos quisieron dedicarse a reconstruir nuestra imprenta del siglo XV con algún rigor. Su obra desvelaba un catálogo de una exhaustividad desconocida para el territorio de la península ibérica y un método de identificación de imprentas que heredaron los proyectos bibliográficos más ambiciosos, como los volúmenes dedicados por Francisco Vindel a reconstruir el panorama de nuestras primeras letras impresas en *El arte tipográfico en España durante el siglo XV* (1945-1951).

El libro de Barbieri incluye en un apéndice final una evaluación comparativa de diversas fichas catalográficas procedentes de los principales repertorios de incunables, con ejemplos extraídos de las esforzadas páginas de Campbell (*Annales de la typographie néerlandaise au XV<sup>e</sup>me siècle*, La Haye, 1874-1980), o la descripción de la Biblia de Gutenberg según el catálogo de incunables de Pollard (*BMC I*, 1908, pág. 17) y el *CW* de Haebler (1926-, ficha núm. 4201). También hay sitio en esta selección para que admiremos el sistema de clasificación de caracteres tipográficos del XV propuesto por Haebler en su *Typenrepertorium der Wiegendrucke* (1905-1924), que se sirve de las variantes de la «M» (en letterías góticas) y del grupo «Qu» (en letterías romanas) para diferenciar talleres. El complemento de este repertorio gráfico lo constituyen tres ejemplos de su aplicación a la clasificación de caracteres, de entre los que sobresale —por grado de exhaustividad y concisión gráfica— la propuesta del grupo coordinado por Lotte Hellinga en la factura del *Catalogue of Books printed in the XV<sup>th</sup> century now in the British Library. England* (*BMC XI*, pág. 406). La posibilidad de cotejar todos estos modelos sirve para que comprendamos también que la variedad de soluciones gráficas y de presentación de los contenidos en los distintos repertorios es fruto de diversas erudiciones y escuelas.

*Haebler contro Haebler* termina reconociendo que las nuevas sendas de la incunabulística radican en Inglaterra, donde conviven los formatos tradicionales en papel —los seis volúmenes del catálogo de incunables de la Bodleian Library (2005) y el ya mencionado *BMC XI* (2007)— con la base de datos en línea representada por el ISTC (Incunabula short-title catalogue. <http://www.bl.uk/collections//hoinc.html#istc>). No es extraña esta hegemonía porque tampoco es nueva; ni siquiera ha sido ajena a las letras de ficción inglesas: en 1902 el propio Sherlock Holmes no encontraba dificultad en trazar el origen de un mensaje anónimo recibido por Sir Henry Baskerville a partir del reconocimiento tipográfico de los caracteres recortados para componer el texto. Procedían del *Times*. En *The hound of Baskervilles* advertía el detective que «la identificación de los caracteres es una de las más elementales ramas del conocimiento para el experto en resolver crímenes».

Al menos la responsabilidad de los incunabulistas es menos grave; les basta con solventar enigmas bibliográficos.

#### REFERENCIAS

Vindel, Francisco, *El arte tipográfico en España durante el siglo XV: Cataluña*. Prólogo de Agustín González de Amezúa, Madrid, Junta de Relaciones Culturales, 1945.

### EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI PIEZAS CARTOGRAFICAS DE LA COLECCIÓN GONDOMAR



Algunas de las representaciones más significativas de la colección de cartografía (1) de don Diego Sarmiento de Acuña, I Conde de Gondomar, ya se recogen en el índice de Cesáreo Fernández Duro, *Noticia breve de las cartas y planos existentes en la Biblioteca Particular de S.M. el Rey* (Madrid, 1889). Fue Justa Moreno Garbayo (1913-1993) quien identificó las entradas con las propias piezas, pues el índice no llevaba firmas, incorporando las firmas, de su mano, en un ejemplar de referencia para facilitar la localización a los investigadores. También es ella quien anota la firma de volúmenes facticios con cartografía, aunque adicionalmente se aprecia la mano de otra bibliotecaria, Consolación Morales.

Aparte de volúmenes facticios con representaciones sueltas procedentes de Gondomar, hay en la Real Biblioteca un *Atlas Lafreri* (MAP/464) que contiene 160 hojas de mapas, planos y vistas, y portada muda. Lleva la localización topográfica de mano de Diego de Arratia, el administrador dieciochesco de la Casa del Sol en Valladolid: *Sal. 2<sup>a</sup>-Est. 14-Cax. 7<sup>o</sup>*. El *Atlas Lafreri* es el primero considerado por los estudiosos como con portada propia, y se realizó entre 1550 y 1572, que son las fechas-límite que ofrece el ejemplar-tipo de la Universidad de Helsinki, aunque hay algunos con representaciones de la escuela de Antonio Lafreri anteriores y posteriores, como el nuestro, que contiene cartografía fechada desde 1532, por lo que muchos investigadores lo aprecian como el más completo. La mayoría de las representaciones se

imprimieron en Roma pero hay también de Venecia. Es la época en que la cartografía europea se manifiesta en su esplendor en Italia, antes de que lo hiciera en las décadas siguientes en los Países Bajos. La portada, atribuida a Etienne Dupérac desde 1970, tiene un frontón partido con el Atlante sujetando la bola del mundo, y a los lados hay figuras varoniles con instrumentos cartográficos. El éxito iconográfico del Atlante dio lugar al uso de "Atlas" para definir estos volúmenes con cartografía, pese a que el origen de la figura no es por el ser mitológico, sino por un rey de la cordillera norteafricana del Atlas, astrólogo, cuyo anhelo era convertirse en montaña para tocar los cielos, según explica el propio Gerard Mercator en la introducción de su *Atlas*, en la edición de 1602. Al pie vemos dos figuras en pedestal, Ptolomeo y Salomón. Procede a buen seguro, a su vez, de la librería del cardenal Antoine Perrenot de Granvelle, pues una parte de la misma ingresó en la biblioteca pinciana del Conde y constan otras representaciones cartográficas de Gondomar con este origen (2)

Pero la pieza más conocida de la Real Biblioteca por los estudiosos de la cartografía, también de procedencia gondomariense, es el llamado *Atlas Náutico del Mundo*, de Joan Riczo o Riezo de Oliva, ejecutado en 1580 en Nápoles, y que contiene diecisiete cartas náuticas. Hay encuadradas en el mismo volumen (II/1271) dos cartas de Baldasaro da Maiolo Vesconte, que son de 1588. Se hizo edición facsímil en 1987, con volumen de estudio (3), pero desde finales del XIX es conocido, pues, además de venir en el índice de Fernández Duro [1881, VI, 561], estuvo presente en la Exposición Histórico-Europea de Madrid (1892-1893). Se halla asentado en un índice manuscrito de la librería del Conde fechado en 1775, con esta entrada: «Mapa y descripción de las islas de Levante. Mapa-Mundo en vitela fina con varios colores» (II/2619, fol. 162).

En los dos índices gondomarienses del siglo XVIII conservados en la Real Biblioteca (II/2618-2619) se registran asimismo otras piezas cartográficas. El primero, fechado en 1769, está organizado topográficamente, y nos ofrece la posibilidad de ensayar una reconstrucción física de la librería. Así, en la sala 1, estante 6, cajones 1-2, estaban los libros de cosmografía y en el cajón 3 los de astronomía y topografía (folios 62v-73v del índice), que se prolongaban por los cajones 5-6, pero mezclados en este caso con tratados de fortificaciones (fol. 76) y *Geografías* de Ptolomeo (fol. 81). Otra parte de tratados de cosmografía y de la esfera, astronomía y arquitectura militar, se hallaban en la sala 3, estante 13, cajón 1 (fols. 433v-439). En el cajón 3 de ese estante 13 se localizaban libros de grabados en gran formato y de mapas, como la *Descripción del Reyno de Sicilia...* (MAP/350), en el fol. 440, y al vuelto del siguiente el *Theatrum Urbium Italicarum* (Venecia, 1599, GRAB/190); en fol. 441 vemos el Ptolomeo de Colonia, 1584 (V/1307). En los cajones 4-7 hay diversos libros «de mapas y pinturas» o «de mapas y láminas», incluyendo la serie americana de Theodore de Bry (I/B/249-250, que son dos partes en la edición de Frankfurt, 1590 y 1599). Y en el cajón 6 los Ortelius en español (fols. 448v-449).

Algún atlas, adquirido sin duda en Inglaterra, aparece aquí, como el de John Speed, *Theatrum Imperii Magnae Britanniae* (Ámsterdam, 1616, V/904), que es un buen ejemplo de cómo se describen las piezas en este índice: «Theatro del Reyno de Bretaña con la explicación en ynglés impreso en Londres en sesenta y siete mapas negras en papel de marca. Tomo en folio grande y pasta» (fol. 449). Sigue en ese mismo folio el *Atlas* Mercator de Ámsterdam, 1616, hoy con signatura MAP/340 y entonces colocado en el cajón 7 del estante 14; hay siete cajones más en ese estante con otros libros de cosmografía y arquitectura militar, aunque ya no específicamente con atlas o mapas. Entre los de cosmografía, que son material cartográfico cuando contienen representaciones celestes y terráneas, destaca el copernicano *De revolutionibus orbium coelestium libri VI...* (Basilea, 1566), con anotaciones manuscritas de época (IX/4979).

El índice de la librería de Gondomar II/2619, fechado en 1775, recoge las mismas piezas, como los Ortelius (en fol. 19v reconocemos los actuales VIII/368, V/1552 y 1553), los Ptolomeos (en fol. 45v los actuales VI/282, VI/2540, VI/3017), o las *Civitates Orbis Terrarum* (en fol. 57, actualmente MAP/406-411), y en el fol. 69v el Speed mencionado pero impreso en inglés (Londres, 1611 en MAP/441), junto a otra pieza muy notable que asimismo trajo don Diego de Inglaterra, la *Descriptio angliae* de Christopher Saxton, que antecede al itinerario de la Gran Armada que realizó Robert Adams, *Expeditionis hispanorum in Angliam vera descriptio* (IX/7223), de 1579 y 1590 respectivamente, en un ejemplar primorosamente iluminado. Otros atlas ingleses existentes en la Real Biblioteca comparten la misma procedencia, como el de William Candem, *Britannia. Sive florentissimorum regnorum Angliae, Scotiae, Hiberniae et Insularum adiacentium ex intima antiquitate Chorographica descriptio* (London, 1607, actualmente VI/20).

En los folios 69v-70 de este índice hay «volúmenes de mapas sin colorear», muy probablemente los Lafreris, Camocios y Gastaldis, bien conocidos de los estudiosos. La mayoría de las representaciones de estas piezas son relativas al Mediterráneo, sus costas y ciudades (4) y muy probablemente proceden de Granvela. Tras recogerse un Mercator en el fol. 98 y la *Chronologia* del mismo autor al vuelto (hoy MAP/349 y VII/2375 respectivamente), se señala un cuerpo de «Diseños de algunos castillos y fortalezas y otras cosas semejantes», en el folio 155v, que perteneció al cardenal, dado a conocer por Fernando Bouza [1996] (5). El «Diseño del castillo de Civitella», núm. 33 de ese volumen (MAP/416), lleva la firma autógrafa de Estanislao de Lugo, director de los Reales Estudios de San Isidro, aunque puede no ser marca de posesión sino que firmara tras haberlo consultado. En el inventario de la biblioteca de Lugo, fechado en 1817 [AHN, *Inquisición*, leg. 4469-exp. 31] no aparece esta pieza.

También tuvo Gondomar obras importantes sobre navegación, en francés, caso de la *Instruction nouvelle des points... touchant*

*l'art de naviger*, de Michel Coignet (Amberes, 1581, actualmente IX/1574; asentado en II/2619, fol. 159v), o una edición del *Arte de navegar* de Pedro de Medina, la de Lyon de 1554 (en II/2619, fol. 188, actualmente VIII/332). Y otras obras como la *Cosmographie universelle* de Sebastián Munster (Basilea, 1568, VIII/1593; referido en II/2619, fol. 208v) o tratados de fortificaciones como el de Jacques Pret (Frankfurt, 1602, IV/57, mencionado en fol. 209v del índice de 1775 que venimos citando), los cuales aparecen junto a otras obras en italiano, caso de la *L'isole piu famose del mondo* (Venecia, 1604, VI/1815, citado en fol. 217v y la de 1576, actual VII/150). Por tanto, la Real Biblioteca debe buena parte de la amplitud de su fondo cartográfico a la colección gondomariense, como ocurre con otros fondos, notablemente la colección de manuscritos o buena parte de los impresos del XVI.

#### NOTAS

- 1 Este texto es una versión modificada de parte de la «Introducción» del *Catálogo de cartografía manuscrita de la Real Biblioteca*, en prensa.
- 2 Lo más representativo del fondo granveliano de la Real Biblioteca es la colección epistolográfica, de un centenar de volúmenes, que no aparecen en el *Índice gondomariense* de 1623 (BNM, mss. 13593-13594), al igual que algún impreso de la misma procedencia, caso del X/2681, *Ek ton Polibiou... Ex libris Polybii Megalopolitani Selecta de legationibus et alia...* (Antuerpiae, Ex officina Christophori Plantini, 1582). Valentín Moreno Gallego [2005] defiende la hipótesis de que Antonio Sarmiento, hijo del I Conde, adquirió la colección granveliana durante su estancia en Besançon como legado de Felipe IV, entre 1638 y 1639. Es indudable que tras morir don Diego Sarmiento de Acuña en 1626 se incrementó la librería de la Casa del Sol pues hay impresos con pie de imprenta posterior que pertenecieron a ella, por ejemplo, de Henricus Soter, *Suecia siue De suecorum regis dominiis* (Lugduni Batavorum, 1633, sign. IV/393), o *Cinquante discours de matiere d'Etat*, de Guillaume de Willaert (Bruxelles, 1631; sign. PAS/ARM1/233), entre otros, que debieron ser adquiridos por don Antonio.
- 3 Cfr. XVII-XXII/34 y volumen de estudio en XVII-XXII/35. Con anterioridad existían aproximaciones, como la de Julio Rey Pastor y Ernesto García Camarero, *La Cartografía Mallorquina*, Madrid, CSIC, 1960, donde hay un censo de portulanos mallorquines a través de las familias insulares, verdaderas sagas dedicadas a su ejecución, caso de los Olives, de los que se trata en el capítulo VI y en concreto de Joan Riezo o Riczo, alias Oliva, y su producción
- 4 Justa Morales, «Mapas de la época de Carlos V», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIV, 2 (1958), 717-741. Se reproducen al final algunas representaciones pero curiosamente no se indican signaturas en ningún lugar del artículo. Se trata de MAP/438 (1-85), MAP/454 (1-88), MAP/455 (1-97), MAP/612 (1-12) y MAP/613 (1-67).
- 5 Se trata de MAP/416 (1-53), son planos de fortificaciones de ciudades italianas, francesas y de los Países Bajos, de mano de Pierre le Poivre, Giovan Maria Olgiato, Giacomo Gastaldi y otros cartógrafos italianos.

#### REFERENCIAS

- Fernández Duro, Cesáreo, *Disquisiciones Náuticas*, Madrid, Aribau y Cia. (Suc. de Rivadeneyra), 1877-1881.
- Bouza, Fernando, «Aulcuns deseings des places des Pays Dembas. El cardenal Granvela y una planta de Valenciennes, fechada en 1553, del ingeniero milanés Giovan Maria Olgiato», *Avisos. Noticias de la Real Biblioteca*, 5 (1996).
- Moreno Gallego, Valentín, «Letras misivas, letras humanas, letras divinas. La correspondencia del cardenal Granvela en la Real Biblioteca y sus cartas de autores», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, n° 4, (2005), 31-55.

#### FIGURAS

Pablo ANDRÉS ESCAPA



La llamita de la lámpara vibraba sobre el aceite que la nutría y aquel temblor, que era como un aleteo nervioso de polillas, contagiaba las sombras de la habitación, la mesa que parecía dudar de su perfil en la pared, las sillas rematando en baile su respaldo. También se estremecía la figura de un niño aplicado a escribir con un palito sobre una tablilla de cera. Era de ver el esmero con que dibujaba el muchacho remotas estirpes que la candela ponía en zozobra: Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, Jacob a Judá y a sus hermanos, Judá engendró a Fares y a Zara en Tamar... Y de pronto las vacilaciones eran del alma, donde acaso la candela alcanzaba también a inquietar curiosidades.

— ¿Tamar es bonito? —preguntaba el niño dejando un momento la labor.

Del otro lado de la mesa le respondía una mujer que amasaba. Y venían las palabras con una sonrisa por delante.

— Es que Tamar no es un sitio. Tamar era una mujer. Significa palmera.

El niño se quedaba pensativo durante un rato. Y la llama de aceite se le subía a los ojos mientras seguía las manos de su madre,

los pulgares blanquísimos haciendo mella en la masa, para rendirla en seguida a la voluntad delicada de las palmas que volvían a igualar la breve ofensa de los dedos. Era como si vinieran a juntarse dos mundos sobre la misma mesa, dos materias dóciles y sin memoria: una de cera, para recibir nombres antiguos, y otra de harina y agua, para festejar un nombre solo, herencia de todos los nombres que vivían en las recitaciones familiares repetidas de generación en generación. Y era aquel encuentro porque el heredero, tan pequeño en el reflejo de la vela, tan dado a ausencias de la imaginación y a figurarse parajes de la distancia, cumplía siete años.

– ¿Una palmera? Entonces era guapa –sacaba en conclusión el niño volviendo a bajar la cabeza hacia la tablilla por donde crecían los linajes de arena: y Fares engendró a Esrom, Esrom a Aram, Aram a Aminadab...

Del otro lado de la pared venían ruidos familiares. Si era uno propicio a enredos de los oídos, hasta se daba con un arte músico: *ris, ras, ris, toc-toc; ris, ras, ris, toc-toc*. Y con licencias alegres: *run, run, tas-tas, run, run, tas-tis-tas*.

– ¿Qué está haciendo? –volvía a dispersarse la curiosidad infantil.

La mujer lo miraba sin que abandonaran las manos su tarea de dar forma a la masa. Viéndola hacer, con el velo blanco sobre el pelo y aquel candor con que contemplaba la tarea del niño –la habitación envuelta toda en la luz vacilante de la vela–, parecía que fuera a asomarse un milagro por cualquier rincón de la penumbra. Y acaso dignos de prodigio fueron los andares secretos de un gato que salió de no se sabe dónde para subirse mimoso al regazo del niño. El pequeño miró feliz a su madre y bebía ella de aquella luz del niño que ahora parecía haber nacido solo para acariciar a las criaturas más débiles.

– Anda, anda, escribe, que luego se enfada el carpintero.

En las familias pobres, bien se sabe, la instrucción de los hijos es otra necesidad. Y no se entiende qué extrañas esperanzas ponen los padres humildes en el adorno de letras que quieren para sus hijos. Porque hay más maravilla en extraer un pan de la masa y en sentarse a comerlo luego que en poner por letras las cuatro partes del mundo o los nombres seguidos de toda la parentela, que no dejarán de ser letras ociosas que igual podrían vivir en la memoria, o vagar unos segundos en el aire buscando el reconocimiento de quien escucha.

Y Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Salmón...

– No –corregía dulcemente la voz blanca– Aminadab a Naasón y Naasón a Salmón.

El niño pasaba un pulgar sobre la cera mal hollada y de pronto se quedaba también él en blanco.

– Cuéntame lo del ángel que se le apareció al tío.

– ¿Otra vez? –La mujer no dejaba de amasar pero sonreía. De la habitación de al lado seguían llegando suspiros músicos que eran revelaciones del alma oculta en la madera.

– Había ido tu tío Zacarías al templo, a ofrecer el incienso, cuando se le apareció Gabriel el ángel a la derecha del altar.

– ¿El mismo que te vino a ver a ti? –interrumpía el niño. Y era novedad esta duda.

– El mismo, a lo mejor con otro traje –se estiraba su madre para prevenir nuevas curiosidades–. Tu tío, que ya era viejo y veía solo a medias, creyó que era un fuego lo que tenía delante, y como es tan sentido, hasta pensó que el incendio era culpa de un descuido suyo. Se estaba levantando todo apurado para pedir ayuda cuando oyó hablar al ángel: «No temas, Zacarías, que soy amigo. Vengo a decirte que tu mujer va a tener un hijo, como querías tú, al que pondrás por nombre Juan». Tu tío, que ya no sabía si levantarse del todo o volverse a arrodillar...

– Pero antes fue cuando le dijo el ángel que Juan no había de beber vino ni desde antes de nacer –intervenía el niño de nuevo.

– Es verdad, se me olvidaba, ¿ves como te lo sabes mejor que yo?

– Pues el año pasado, cuando vinieron por Pascua, Juan bebió un poco del vaso de papá. Y me echó el aliento riéndose.

– No lo vería su madre. –La mujer dejó un momento de amasar para buscar la cara del niño. Y se puso seria al advertir–: Si es en día de fiesta, no pasa nada. ¿Te pasó algo a ti por respirar el aliento de tu primo?

El niño negaba con la cabeza. Y por un momento se miraron con una fe absoluta.

– Entonces fue cuando tu tío –siguió ella alargando el brazo para alcanzar un rodillo–, que siempre ha sido algo desconfiado, le dijo a Gabriel el ángel que cómo iba a tener un hijo él con lo mayor que estaba. Y Gabriel el ángel, para probar la autoridad de Dios y la paciencia de tu tío, le contestó que lo iba a dejar mudo hasta el día en que naciera el hijo prometido.

El niño se quedó callado, viendo hacer a su madre una ola de masa que corría cada vez más pequeña por delante del rodillo hasta desaparecer bajo su paso. Y acariciando al gato, que cerraba los ojos. También la madre detuvo su labor cuando regresó el rodillo sobre la masa, como vuelve la espuma sobre su memoria de sal después de probar la arena.

– Y cumplido el noveno mes, Zacarías volvió a hablar –dijo la mujer a media voz, igual que si recitara un precepto, o como si hablara recién salida de un sueño extraordinario.

– Porque los ángeles no dicen mentiras –remató el niño.

Su madre lo miraba y volvía a sentir aquel sobresalto que un día le inundó el vientre. Y viéndolo tan pequeño, con la tablilla a

medio escribir y el gato en el regazo, no dejaba de temer el otro anuncio, aquel vértigo de que el niño iba a ser grande, y que iban a llamarlo Hijo del Altísimo, y que le daría el Señor Dios el trono de David, y que su reino no tendría fin. Porque los ángeles, es cierto, no engañan.

Al otro lado de la pared seguía el oficio de la lima *-ris ras, ris ras-* y del escoplo *-toc-toc-toc-*. Y por esta parte del tabique crecía la curiosidad del que cumplía siete años en el mundo. «¿Qué estará haciendo, eh?».

Sobre la mesa iluminada por el candil de aceite, madre e hijo compartían imaginaciones y caprichos. Pero no tenían ya a la madera por juguete, que ahora era la masa la materia para tentar figuras. Con un cuchillito entre los dedos, iba el niño recortando formas que su madre dirigía llevándole la mano: el cordero de la señora Sara, con la boca abierta para balar; el jilguero del señor Caifás, con su ojo de mostaza; el burro del señor Ismael, con albardas y todo. Y si sobra masa, se atrevió el niño volviendo la cabeza, hacemos la escalera de Jacob, pero vacía, para que no se quemem los ángeles en el horno.

Se abrió una puerta de la habitación y entró un hombre con otra candela poniendo luz al atardecer. Traía serrín en las alparagas y una viruta enredada entre las barbas. Corrió el niño a su encuentro y el hombre lo cogió en brazos.

- A ver las letras -dijo el recién llegado apoyando la candela sobre la mesa, y sin soltar al niño. Miró el chico para su madre, a la vez que se agitaba nervioso en el abrazo que lo sujetaba. Su padre lo posó en el suelo.

- Vamos por Eleazar -se adelantó ella a responder. Me ha estado ayudando con la masa.

El hombre echó un vistazo a la mesa, por donde se esparcían los recortes blancos que la brasa había de dorar más tarde. Junto a un borde estaba la tablilla de cera.

- Tampoco acabé yo el oficio -dijo el hombre repasando la escritura y llevándose una mano al costado-. Debe ser que va ya uno viejo. -Y dijo esto mirando al niño, como quien da cuenta de una desgracia difícil de arreglar.

Se quedó el muchacho quieto ante su padre, como si esperara más palabras. Pero él, con paso cansado, ya iba camino de una silla que le tendía la mujer. Entonces el chico corrió para adelantarlo.

- Aunque no acabé de escribir me lo sé de memoria. -Y con voz segura recitó-: Eleazar engendró a Matán, Matán a Jacob, y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

Acariciaba María la cabeza de José, que acababa de sentarse, y los dos sonreían al niño que intuía ya que entre aquellos que lo miraban había acuerdos dignos de confianza. Se ladeó José, y de una abertura de la tela que lo cubría, sacó una figura de madera que le ofreció a su hijo.

- ¡El camello de don Gaspar! -gritó entonces Jesús. Y de un salto, se puso encima de su padre y lo abrazó con fuerza. María acariciaba las dos cabezas juntas y dejaba al pasar una memoria de harina sobre el pelo, como una nevada inocente.

- Y ahora no vuelvas a perderlo -advirtió el carpintero.

Pero el niño ya se arrastraba por el suelo llamando al gato para que viniera a ver el regalo. Y vino como suelen venir los de su especie, saliendo de una sombra, progresando a pasos cortos y algo misteriosos, desconfiando del aire. Acercó el hocico a la figura que le tendía el niño y lo último que se vio, antes de que María cambiara de sitio la luz vacilante de la vela, fue la lengua del gato saludando muy respetuosamente al camello de don Gaspar.

